

Mitos y leyendas de México 2

Laura Silvia Iñigo Dehud, comp.





Mitos y leyendas de México 2

Laura Silvia Iñigo Dehud, comp.

Compilación

D.R. 2017, Laura Silvia Iñigo Dehud

D.R. 2017, Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Av . Universidad 1001 Col. Chamilpa
CP 62209 Cuernavaca, Morelos
publicaciones@uaem.mx
libros.uaem.mx

Cuidado Editorial y Corrección de estilo

Liliana Iñigo Dehud

Diseño y Coordinación editorial

Laura Silvia Iñigo Dehud

Ilustración

Antonio Makhlof Akl
Arantxa Ixchel Salinas Segura
Laura Silvia Iñigo Dehud
Adriana Vianey Ortíz García
Diego Jaimes Coria
Alexis Rebolledo Campuzano
Luis Ernesto Calvo Ramírez

Imagen de Portada

Antonio Makhlof Akl

Revisión Editorial

Lorena Noyola Piña
Héctor C. Ponce de León Méndez

Esta publicación fue financiada con recursos del Programa de Fortalecimiento de la Calidad Educativa (PFCE) 2016.

Iñigo Dehud, Laura Silvia

Mitos y leyendas de México 2 / Laura Silvia Iñigo Dehud. --
México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2017.

64 p. : il. col.

ISBN 978-607-8519-24-8

1. Mitología mexicana – Obras ilustradas 2. Leyendas mexicanas –
Obras ilustradas I. tit.

LCC F1227.2

DC 398.20972

ISBN: 978-607-8519-24-8 (impreso)

ISBN: 978-607-8519-41-5 (pdf)



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

CONTENIDO

ILUSTRADOR	TÍTULO	
Arantxa Ixchel Salinas Segura	Coyote y la mujer cometa	6
Antonio Makhoulouf Akl	El diluvio Huichol	12
Laura Silvia Iñigo Dehud	La hermosa Tzintzin	16
Adriana Vianey Ortíz García	El Chom o Zopilote	20
Arantxa Ixchel Salinas Segura	El pájaro azul y el coyote	26
Antonio Makhoulouf Akl	Sabio Pez-Tierra	30
Diego Jaimes Coria	La Diosa Luna	34
Alexis Rebolledo Campuzano	La boda de Xdzunuúm	38
Laura Silvia Iñigo Dehud	La casa del trueno	44
Diego Jaimes Coria	La serpiente oráculo	50
Arantxa Ixchel Salinas Segura	El origen de la lluvia	56
Luis Ernesto Calvo Ramírez	Los Huicholes y el maíz	60





Introducción

Los mitos y leyendas representan una parte importante en la tradición cultural de las sociedades. Los mitos tienen una explicación o simbología profunda en las cuales se presenta una explicación divina del origen y desarrollo de una civilización.

La leyenda, por su parte, es una narración oral o escrita, que pretende explicar un fenómeno natural, como las tempestades o los terremotos, y lo cuentan a través de una historia fantástica.

Tanto los mitos como las leyendas son nuestra herencia, un patrimonio, que en este libro tratamos de registrar y rescatar, ya que son relatos orales que se han venido repitiendo de generación en generación como un gran legado cultural que no debemos dejar perder.

Esta obra está compuesta por doce mitos y leyendas de dominio popular, ilustradas por alumnos y maestros de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Coyote y la mujer cometa

Antes de que los dioses crearan a los hombres, cuando en la tierra sólo había plantas y animales, hubo un lugar, en el cerro de Guizachtlán, en el que vivía un coyote.

Este coyote no era como los demás; éste tenía la piel dorada y brillante, y al tacto era suave, tan suave como las plumas del quetzal.

Además, se trataba de un coyote amigable y tierno, nada agresivo. Sus ojos eran negros como el carbón, luminosos como la luz de las luciérnagas; pero, al mismo tiempo, su mirada era cálida y sencilla.

Al coyote le gustaba pasear por la serranía, investigando entre las peñas y acercándose a los arroyos para beber agua fresca y transparente.

Sus movimientos eran majestuosos, se sabía magnífico y poderoso: era el rey de los animales.

Cuando se sentía cansado, volvía a su madriguera para pasar el tiempo con su familia a la que adoraba.

Por las noches, el coyote gustaba de caminar hasta la cima del cerro, después de haberse bañado en un arroyo y acicalado hasta lucir en todo su esplendor su majestuosa belleza. Entonces, en medio de la noche, veía a Nana Cutzi, la diosa de la Luna, la madre encorvada, que se movía por el cielo acompañada de millares de estrellas y de las Pléyades, que él conocía como las Cabritillas.

Una noche que el coyote miraba con atención la bóveda celeste, vio un punto diferente en el cielo. Este punto cada noche crecía más y más, y conforme se agrandaba,





iba tomando, unas veces, la forma de una serpiente de fuego; y otras, la de una mujer de extensos y espléndidos cabellos luminosos.

Parecía que a la mujer le gustaba ser admirada por el coyote, y hacía ostentación de su belleza. Era tan hermosa, que opacaba a todas las estrellas. Las Cabritillas, al ver a la magnífica mujer sintieron envidia, porque las superaba en brillo y belleza. Las Cabritillas y las demás estrellas, incluyendo a la Estrella-Arado —constelación del Triángulo—, se sintieron ofendidas porque, comparadas con la belleza de aquella mujer, ellas lucían como simples bombillas de escasa luminosidad.

Inclusive Nana Cutzi, siempre tan linda y tan blanca, no escapó de sentir envidia por la bella mujer celeste. Fue tanta la furia que sintió al verse superada, que le empezaron a salir sombras oscuras en su lisa cara, las cuales la dejaron marcada para siempre.

Una noche que el coyote estaba atento a lo que sucedía en el cielo, el Cazador del Cielo —Orión— se acercó y le dijo:

—Amigo mío, la mujer que apareció en el cielo es espectacularmente bella, lo sé, pero su estancia en el cielo será breve, pues desaparecerá tan pronto como llegó. Irá a recorrer otros espacios siderales. Entonces —continuó—, todo será como antes de su llegada, y la calma volverá al cielo.

Sin embargo, a pesar de las alentadoras palabras del Cazador del Cielo, el coyote no quedó tranquilo. Había notado que la tierra había sido influenciada por la aparición de la mujer-cometa: las barrancas eran más profundas que antes, los cerros crujían, el agua de arroyos, lagunas y riachuelos se evaporaba; nuevos volcanes nacían en la tierra, y los ya existentes se volvían locos y lanzaban fumarolas, azufre y lava; los animales actuaban extraña-





mente, como hechizados; llegaron animales extraños venidos de otras tierras, todos eran agresivos y abandonaban a sus crías.

Ante estos asombrosos hechos, el coyote escaló a la cima del Pico de Tancítaro, el volcán más alto de Michoacán, y con voz potente se dirigió a la mujer-cometa:

—¿Quién te crees, hermosa mujer, que te atreves a turbar nuestra paz, arruinas la armonía existente en el cielo y llevas al caos a la naturaleza? ¿Cómo te atreves a ofender a nuestra Nana Cutzi y a todas las otras estrellas del firmamento, causándoles pena y sentimiento de envidia? Por tu culpa, la Luna ha quedado con la cara manchada. ¡No eres bienvenida! Te pido sigas tu camino y te marches inmediatamente de aquí.

Al oír tales palabras, la mujer-cometa interrumpió su camino y miró con desdén al coyote, al tiempo que decía:

—¿Cómo te atreves a hablarme así tú, animal de cuatro

patas que vive en las cuevas? ¿Cómo osas insultarme? Por haberme ofendido, desde este día no podrás hablar, serás mudo, sólo tendrás la capacidad de aullar para expresar tus emociones y necesidades.

Con la voz débil a causa de la maldición, el coyote alcanzó a decir:

—¡La Luna y las estrellas son mis amigas, con ellas hablo todas las noches! ¡Nana Cutzi siempre será nuestra Madre Luna, la reina del cielo! ¡Y no importa que me quites la voz, eso nada cambiará!

La mujer-estrella respondió iracunda:

—¡Entérate, animal peludo, que mi maldad y crueldad son tan grandes como mi belleza! Si quiero, puedo ocasionar terribles desdichas y calamidades. Aunque me aleje, ya nada será igual ni en la tierra ni en el cielo. ¡Soy Citlalmina, la Estrella con Flechas!, ¡la creadora de todas las estrellas!



El diluvio Huichol

Mucho tiempo atrás, un huichol estaba, como todos los días, preparando la tierra para sembrarla: cortaba árboles y removía la tierra; pero, curiosamente, los árboles que cortaba un día, al otro aparecían más grandes y frondosos.

El huichol, extrañado, en su quinto día de jornada, después de cortar, esperó a ver qué sucedía. Poco tiempo después, de la tierra surgió una vieja con un bastón en la mano; con éste apuntaba los cuatro puntos cardinales e inmediatamente surgían todos los árboles que momentos antes había cortado.

La viejecita no era otra que Nacahue, la diosa de la tierra, la que hacía brotar toda la flora de la tierra.

Nacahue le dijo al huichol que próximamente habría un gran diluvio al cual antecedería un fuerte viento. Le recomendó que construyera una caja de madera y en ella guardara cinco granos de maíz de cada color, cinco semillas de frijol y troncos para mantener el fuego encendido; y, muy importante, se hiciera acompañar de una perra prieta. Una vez que tuviera reunido todo, se encerrara en la caja.

El huichol siguió al pie de la letra las recomendaciones, y fue la vieja Nacahue la que cerró la caja con su tapa y se sentó sobre ella, llevando al hombro una guacamaya.





Unos días después, todo sucedió como Nacahue había predicho. Durante cinco años la caja flotó sobre el agua; al sexto, comenzó a descender, deteniéndose sobre una montaña, donde todavía se ve.

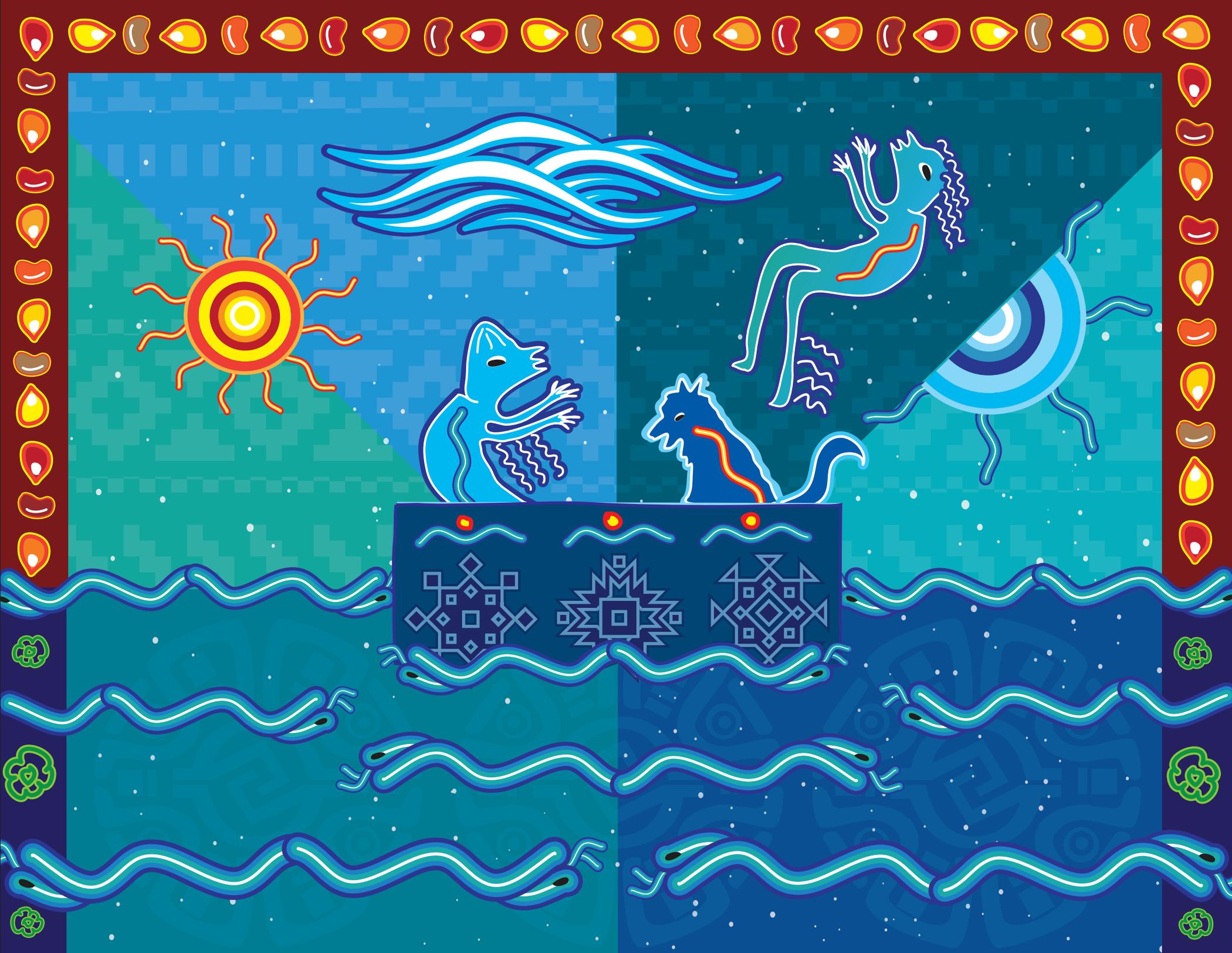
Cuando el huichol salió de la caja, todo seguía cubierto de agua; pero las guacamayas la separaron en cinco mares. El suelo se secó y de nuevo se cubrió de vegetación.

Nacahue se fue y el huichol siguió viviendo en la tierra, solamente lo acompañaba su perra prieta.

Cuando por las noches regresaba a su casa de su trabajo en el campo, encontraba en su casa comida

preparada y tortillas recién hechas, pero no sabía quién podría haberlas dejado allí. Así que un día se quedó escondido para descubrir el misterio, y sorprendido vio cómo la perra se quitaba la piel, se convertía en una mujer y preparaba la comida. Entonces el huichol arrojó la piel al fuego, y refrescó a la mujer con el agua del nixtamal.

Desde entonces, la mujer y el huichol vivieron juntos, y sus hijos poblaron la tierra.





La hermosa Tzintzin

Hace mucho tiempo, en el área tarasca, vivía una hermosa joven llamada Tzintzin; todas las tardes recorría el mismo camino para acarrear agua de un manantial.

El corazón de Tzintzin pertenecía a un muchacho de nombre Quanicoti, quien era cazador.

Los jóvenes se encontraban en el recorrido que conducía al manantial; el manantial se encontraba dentro de un paraje con una extraordinaria vegetación, había todo tipo de plantas y flores de múltiples colores.

Curiosamente, cuando ellos estaban juntos, las plantas eran más verdes y las flores más bonitas que de costumbre. Estaban tan enamorados, que el tiem-

po volaba para ellos, lo que causaba que Tzintzin se entretuviera y llegara tarde a su casa, y sus papás, preocupados, la reprendían.

Un buen día, la reunión de los enamorados se alargó y se les hizo más tarde que de costumbre. Cuando Tzintzin se dio cuenta que pronto se haría de noche, la pobre se puso a temblar porque todavía le faltaba acarrear el agua en su cántaro. Llena de miedo por saber que al llegar a casa sus papás, seguramente, la iban a castigar, le pidió con gran desesperación al Sol que le indicara un lugar más cercano donde obtener agua, ya que el manantial estaba lejos del lugar donde se reunían.





Estaba Tzintzin suplicando cuando apareció entre las flores el más hermoso colibrí que ella nunca hubiera visto. Inmediatamente se dio cuenta que ese colibrí era muy especial y no podía ser otro más que un dios.

Todavía con el último resplandor del Sol, Tzintzin pudo observar que de las plumas del colibrí caían brillantes gotas de agua. La muchacha supo que era una señal. Se acercó al lugar donde caían las gotas y vio, para su sorpresa, que ahí estaba oculto un pozo de agua. Tomó su cántaro y lo relleno de esa agua clara y cristalina.

Cuando llegó a su casa, sus padres la esperaban ansiosos y quedaron maravillados al ver el cántaro lleno a rebosar de la cristalina agua.

Tzintzin les contó cómo había encontrado el pozo de agua; también les dijo que estaba mucho más cerca que el manantial, en un camino conocido por todos los habitantes del pueblo.

Todas las personas de la zona estaban felices, y bautizaron al pozo con el nombre de Quiritzícuaru, que significa “La Gran Fuente”.

Desde entonces, cada día mientras Tzintzin y Quanicoti se reúnen en sus citas de amor, el Sol les sonríe satisfecho de su labor.







El Chom o Zopilote

En una de las ciudades más importantes de El Mayab, Uxmal, vivía un rey al que le gustaban mucho las celebraciones.

Un día, organizó un gran festejo en su palacio para honrar al Señor de la Vida, llamado Hunab ku, y así agradecerle por todos los dones entregados a su pueblo.

Hunab ku ordenó con anticipo todos los preparativos para el festejo, al que estaban convocados sacerdotes, guerreros y gobernantes de los reinos colindantes.

Estuvo pendiente de que su palacio se adornara con las más bellas flores, y que se prepararan deliciosos platillos. Estaba seguro que sería la mejor fiesta jamás organizada.

Llegó el día esperado, Hunab ku se vistió con sus mejores vestidos y las más finas joyas; se asomó por la terraza de su palacio y observó lo hermoso que se veía desde ahí la ciudad. Entonces pensó que ese era un buen lugar para que ubicaran a los invitados, así todos podrían admirar la belleza de su ciudad.

Ordenó que llevaran mesas hasta la terraza y las ataviaran con flores.

Mientras tanto, fue a recibir a sus invitados.

Los sirvientes hicieron lo que su rey ordenó. Y una vez que todo estuvo listo, fueron a llamar a todos los invitados y dejaron la comida sola.





Ese fue un grave error; no se dieron cuenta que en el cielo sobrevolaban los zopilotes o chom, como se les llama en lengua maya.

En esos tiempos, los zopilotes tenían plumas de colores y vistosos rizos en la cabeza. Y desde entonces, como hasta ahora, eran muy glotones. Al ver tanta comida se quedaron dando vueltas alrededor de la terraza, cuando vieron que no había personas que los ahuyentaran, los chom volaron en picada, y en un minuto habían devorado todo el banquete.

Al mismo tiempo, el rey de Uxmal salió a la terraza junto con sus invitados, y al ver a los pájaros acabando con la comida se puso lívido.

—¡Maten a esos pájaros! —gritó el rey de Uxmal.

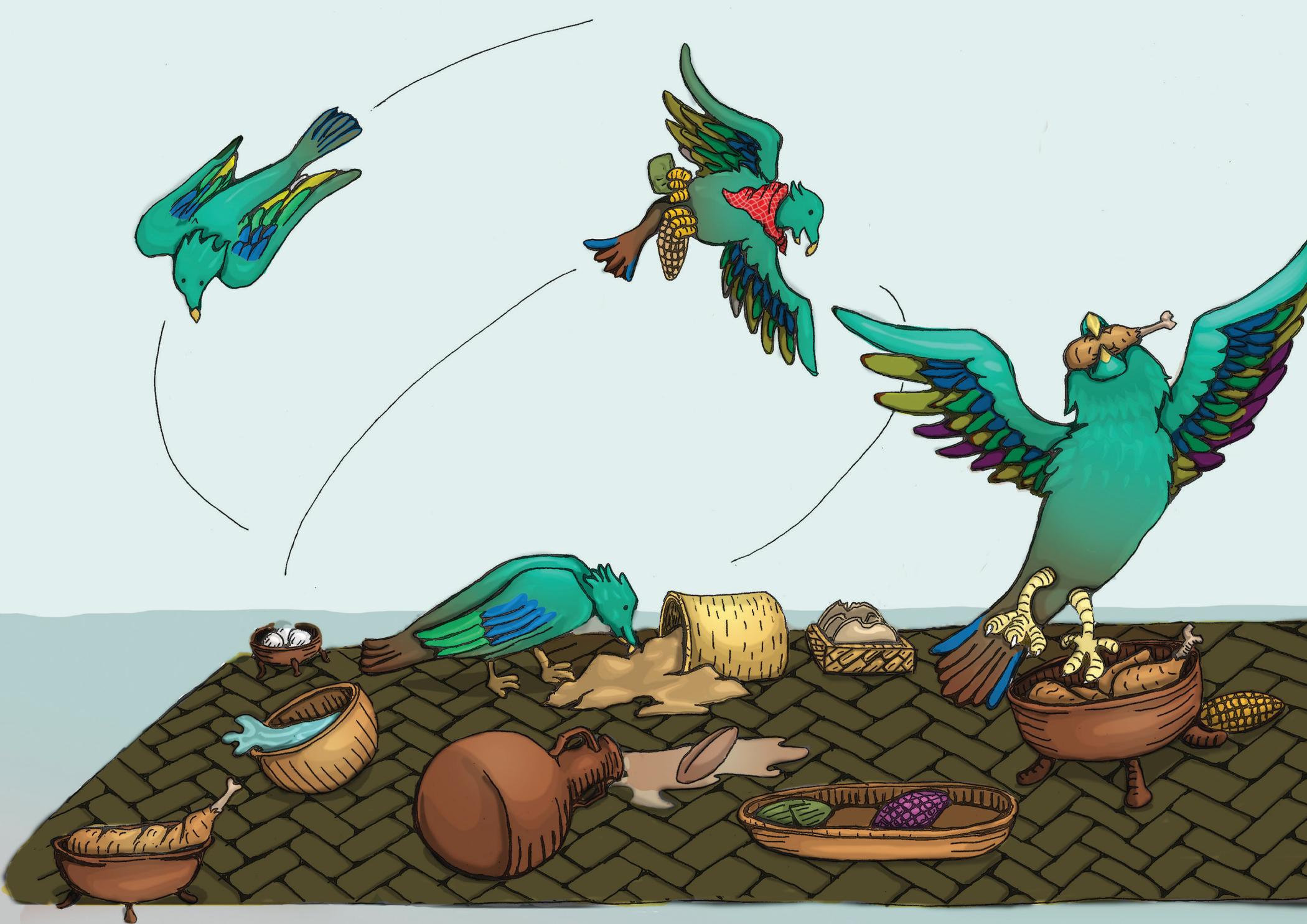
Los chom volaron tan alto y tan rápido, que ninguna flecha los rozó siquiera.

—¡Tienen que pagar esto! ¡No se puede quedar así! —gritó el rey, furioso.

—No se preocupe, rey, encontraremos la forma de vengar este agravio —dijo uno de los sacerdotes, mientras tomaba algunas plumas de zopilote que habían caído al suelo.

Los sabios se encerraron a discutir, y a uno de ellos se le ocurrió qué castigo merecían. Entonces, tomó las plumas que habían recogido y las puso en un bracero para quemarlas; poco a poco, las plumas perdieron su color hasta volverse negras y opacas.

Otro de los sacerdotes molió las plumas hasta convertirlas en un fino polvo negro que echó en una vasija con agua. Pronto, el agua se volvió un caldo negro y espeso. Una vez que estuvo listo, los sacerdotes salieron del templo. Uno de ellos buscó a los sirvientes y les dijo:





—Lleven comida a la terraza del palacio para atraer a los zopilotes.

Inmediatamente se colocaron alimentos en la terraza, y los chom bajaron para disfrutar de otro banquete.

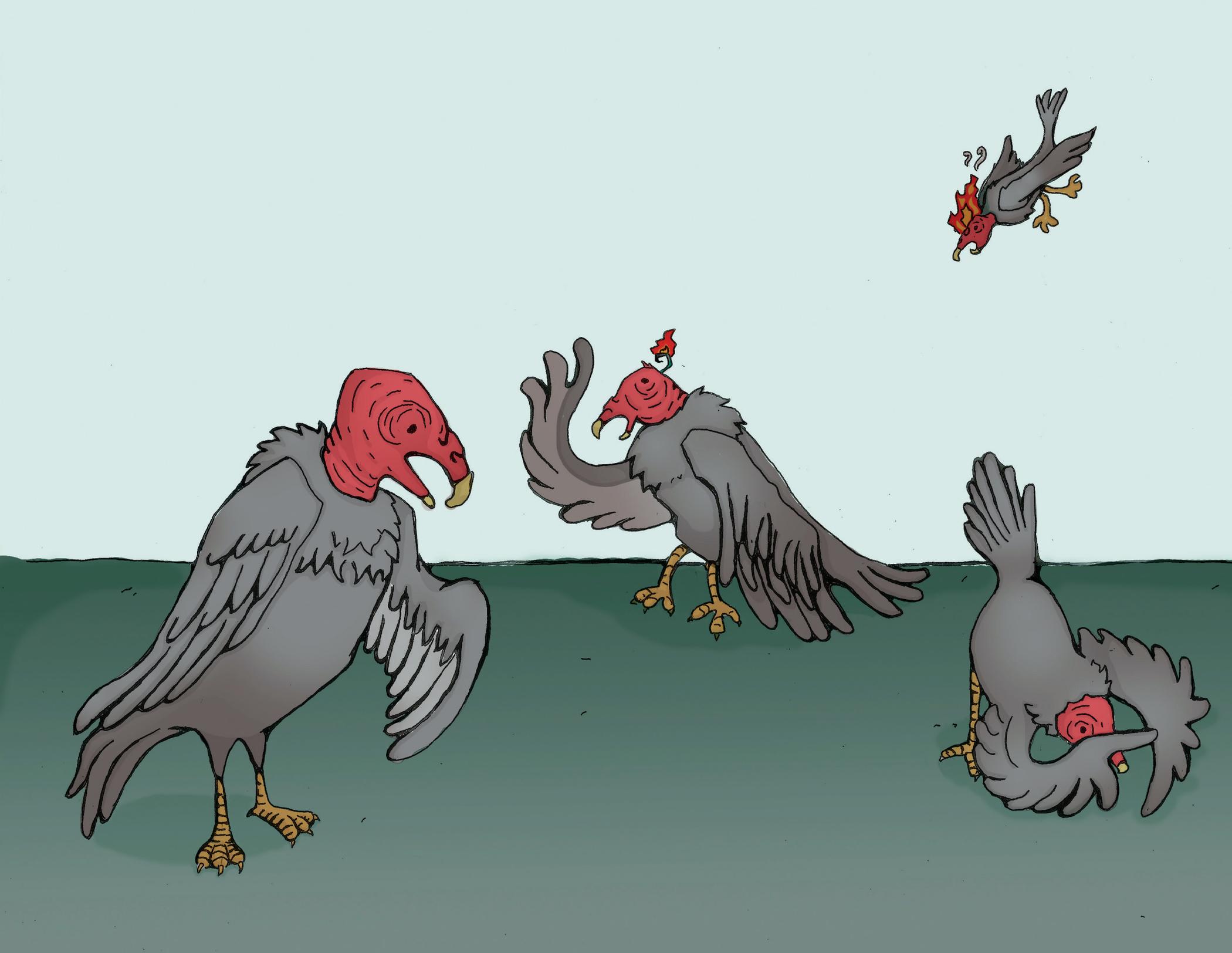
Lo que no imaginaron es que esta vez los sabios estaban escondidos, y apenas habían puesto las patas sobre la mesa, cuando dos sacerdotes salieron de su escondite y lanzaron el caldo negro sobre los chom, mientras repetían unas palabras extrañas.

—No escaparán del castigo por ofender al rey de Uxmal. Robaron la comida de la fiesta de Hunab ku, el Señor que nos da la vida, y por eso jamás probarán de nuevo alimentos tan exquisitos. A partir de hoy estarán condenados a comer basura y animales muertos, sólo de eso se alimentarán —dijo uno de los sacerdotes con voz fuerte y clara.

Al escuchar esto, y sentir sus plumas mojadas, los chom trataron de escapar volando muy alto, con la ilusión de que el sol les secase las plumas y acabara con la maldición, pero se acercaron tanto al sol que sus rayos chamuscaron los vistosos rizos de la cabeza.

Cuando los chom sintieron que se quemaban, bajaron a la tierra; pero al verse, su sorpresa fue enorme. Sus plumas, antes de colores, ahora eran negras y reseca.

Desde entonces, los chom vuelan lo más alto que pueden para que los demás no se burlen al verlos tan feos. Y sólo bajan a comer carroña, tal como dijeron los sacerdotes.





El pájaro azul y el coyote

Hace muchísimo tiempo, hubo un pájaro que vivía muy cerca de un hermoso lago cuyas aguas tenían tonalidades azules, era realmente bello.

El pájaro, que tenía sus plumas de color pardo, deseaba poder tener el plumaje del color de esas aguas, así que un buen día se animó y entró a bañarse en el hermoso lago.

Al tiempo que chapoteaba cantaba algo que decía así:

Hay un lago azul

Se encuentra aquí

Yo entré en sus aguas

Y me puse todo azul

Hizo la misma rutina durante cuatro días seguidos...

El cuarto día que el pájaro se bañó en el lago, vio con asombro que todas sus plumas se caían, y salió del agua completamente desplumado. El pobre pájaro estaba triste.

Pero la mañana siguiente, el quinto día, volvió a entrar a las aguas del lago, al salir vio que sus plumas volvían a crecer y ¡eran azules! Al fin era un Pájaro Azul.

Durante todos estos días, un coyote había estado al acecho del ahora Pájaro Azul para cazarlo, pues estaba muerto de hambre porque no había comido en varios días, pero le daba miedo entrar a las aguas del lago azul para atraparlo.





Cuando, al quinto día, el coyote vio la transformación que tuvo el pájaro, le dijo:

—Por favor dime, ¿cómo hiciste para cambiar tu feo plumaje por estas bellas plumas azules? Yo te quería comer, pero eres la más bella ave que vuela por los cielos. ¡Yo también quiero ser azul!

El Pájaro Azul, que no era egoísta, le contó que se había bañado en el lago cuatro veces, mientras cantaba una canción. Y como el pájaro era bueno, le enseñó la canción a Coyote.

Ilusionado con ser azul, el coyote hizo a un lado su miedo, y sin pensarlo mucho, se arrojó al agua. Hizo lo mismo durante cuatro días, sin olvidar entonar la canción que le enseñó el ave.

Al quinto día, el coyote lucía un radiante color azul. Encantado con su nuevo color, se paseó por todos lados esperando que todos sus compañeros se dieran cuenta de su radical y hermoso cambio. Entonces se puso a correr mirando de un lado a otro y, en otros momentos, miraba hacia el suelo para ver si su sombra era también azul. Tan ocupado estaba que no se dio cuenta que chocaba contra el tronco de un árbol, el cual se cayó y levantó una gran polvareda. El coyote quedó completamente cubierto de tierra.

Desde entonces, se cuenta, todos los coyotes son del color de la Tierra.



Sabio Pez-Tierra

Un buen día que Sabio Pez-Tierra, primer hijo de Principal Guacamaya y al que le gustaba jugar en las montañas que había creado, se daba un baño en un río, de pronto vio pasar a cuatrocientos jóvenes que entre todos arrastraban un árbol. Sabio Pez-Tierra se acercó y les preguntó qué hacían. Los jóvenes le dijeron que arrastraban el árbol para usarlo como viga en su casa y no lo podían alzar y llevarlo sobre los hombros.

Sabio Pez-Tierra se ofreció para ayudarlos. Puso el árbol sobre sus hombros y lo llevó hasta la casa de los jóvenes. Cuando llegaron le preguntaron a Sabio Pez-Tierra si tenía padre y madre, y éste respondió que no. Los muchachos le ofrecieron que se quedara a pasar la noche y que al día

siguiente les ayudara con otro árbol que necesitaban. Pero los jóvenes lo que planeaban era matarlo, porque pensaban que no podía ser que un hombre cargara un árbol sin ayuda, que era un vanidoso.

Uno de ellos dijo:

—¡Hagamos un hoyo, le pedimos que siga cavando para hacerlo más profundo, y cuando se meta en el hoyo, echamos el árbol, no podrá salir y morirá!

Así lo hicieron, cuando el hoyo ya era lo suficientemente profundo llamaron a Sabio Pez-Tierra y le pidieron que siguiera excavando porque ellos ya estaban muy cansados. Empezó a cavar. A cada rato los cuatrocientos jóvenes le preguntaban si el hoyo ya era bastante profundo.





Sabio Pez-Tierra que era listo se dio cuenta de lo que querían hacer, así que empezó a cavar otro hoyo junto al primero.

Otro de los jóvenes se acercó:

—¿Ya está muy hondo el hoyo? —preguntó.

—¡Todavía falta! —respondió Sabio Pez-Tierra—, yo los llamo cuando acabe.

Claro que Sabio Pez-Tierra no estaba cavando el hoyo donde lo querían aventar, sino el que sería su salvación.

Cuando terminó, se metió al segundo hoyo que sería su resguardo y llamó a los jóvenes, cuando llegaron lanzaron el árbol al hoyo creyendo que habían dado muerte a Sabio Pez-Tierra, pensaron que se habían liberado de él y prepararon una fiesta por la construcción de su casa que duró tres días.

Mientras tanto, Sabio Pez-Tierra escuchaba desde el otro hoyo todo lo que decían los cuatrocientos jóvenes.

El segundo día, llegaron muchas, muchas hormigas, se metieron debajo del árbol y se llevaron cabellos y uñas de Sabio Pez-Tierra.

Los cuatrocientos jóvenes estuvieron felices cuando vieron lo que las hormigas se llevaban, pensaban que Sabio Pez-Tierra definitivamente estaba muerto.

Lo que los jóvenes no sabían era que Sabio Pez-Tierra se había cortado cabellos y uñas para que las hormigas se los llevaran.

El tercer día, la fiesta de los jóvenes seguía, y prepararon una bebida ceremonial fermentada, con ésta se emborracharon tanto que perdieron toda razón y conocimiento. Entonces Sabio Pez-Tierra aprovechó el momento para salir del hoyo y tirar la casa de los cuatrocientos jóvenes. Ninguno se salvó, pero se cuenta que cuando renacieron se convirtieron en una constelación llamada “El Montón” (Las Pléyades), aunque nadie sabe si esto sucedió o no.



La Diosa Luna

Al comienzo de los tiempos, cuando los dioses eran mortales, hubo una hermosa princesa llamada Ixchel, la cual tenía infinidad de pretendientes, entre ellos un apuesto joven llamado Itzamná.

Un día, llegó al pueblo de Ixchel un príncipe de otro imperio para felicitarlos por el triunfo en una batalla de la que habían salido victoriosos.

En cuanto el príncipe extranjero vio a Ixchel se enamoró perdidamente de ella.

Gente del pueblo le comentó al príncipe que el joven Itzamná también pretendía a Ixchel y que, al parecer, ella correspondía a ese amor. Desde ese momento, el

príncipe e Itzamná pelearon por su amor.

La hermana mayor de Ixchel, Ixtab, resolvió que pelearan los dos pretendientes hasta que uno de ellos muriera; el sobreviviente se quedaría con Ixchel.

Ixtab no sabía que Ixchel estaba enamorada de Itzamná y que no quería que pelearan.

Se llevó a cabo la batalla, e Itzamná estaba por vencer a su oponente, cuando el tramposo lo hirió por la espalda con juegos sucios e Itzamná murió.

Ixchel, desesperada, huyó del lugar cuando vio morir a su amado, y encomendando su alma a su hermana Ixtab se quitó la vida.





Ixtab entonces entendió el amor que se tenían su hermana e Itzamná, maldijo al príncipe tramposo, al cual nunca se le volvió a ver, nadie sabe lo que sucedió con él. E Ixtab, a quien su hermana encomendó su alma al morir, a partir de ese momento fue la diosa del Suicidio.

Las almas de las doncellas de la princesa Ixchel guiaron a los enamorados al cielo y, así, Itzamná fue el dios Sol; e Ixchel, pasó a ser su esposa, la diosa Luna.

Itzamná, ya como dios Sol, en agradecimiento y como prueba de su amor a Ixchel, dividió el día y la noche. A la noche le dio brillo con las almas de las valientes doncellas que se sacrificaron por ellos, y son las estrellas más brillantes en el cielo.

Se cuenta que en cada Fuego Nuevo, cada 52 años, la diosa Ixchel renace del fuego y deja que sus doncellas se enamoren y que tengan un hijo como fruto de ese amor, es por eso que también es considerada diosa del parto y la fertilidad.

La gente del pueblo de Xcaret asegura que cuando un alma de noble corazón muere, se convierte en una estrella. Por eso, en cada fuego nuevo se hace una ofrenda para que la diosa perdone sus faltas y cuando mueran su alma la convierta en una de las estrellas que iluminan la noche.



La boda de Xdzunuúm

Un día soleado, colibrí o xdzunuúm, que es su nombre en lengua maya, estaba suspirando sobre la rama de una ceiba, lloraba mirando su pequeño nido a medio formar.

Lloraba porque llevaba días buscando hojas, ramas y cualquier material que ayudara para terminar su casa, pero había encontrado muy poco y no lograba finalizar lo que sería su hogar cuando se casara.

Ella y su novio eran pobres, así que si no tenían una casa lista, menos tenían para organizar la boda.

Xdzunuúm era tan chiquita que su llanto apenas se percibía; la única en oírlo fue un ruiseñor, xkokolché en nombre maya, quien voló de rama en rama hasta en-

contrar a la triste colibrí. Al estar a su lado, le dijo:

—¿Qué tienes, amiga?

—Estoy desesperada, mi historia es muy triste —gimió más la xdzunuúm.

—Dime cuál es tu problema, a lo mejor yo puedo ser de ayuda —dijo la xkokolché.

—No lo creo, amiga. Nadie me puede ayudar —chilló la xdzunuúm.

—Insisto, dime qué tienes —rogó la xkokolché.

—Mira, mi novio y yo nos queremos casar —comenzó a hablar la xdzunuúm entre sollozos—, pero somos tan pobres que no tenemos nido para poder vivir y, mucho menos tenemos cómo hacer la fiesta.





—¡Sí que es un problema! Yo no te puedo ayudar porque soy pobre también —respondió la xkokolché.

—¡Te lo dije, nadie me puede ayudar! —chilló la xdzunuúm.

—A ver, cálmate y no te desesperes, a las dos juntas se nos ocurrirá algo —aseguró la xkokolché.

Las aves se quedaron en silencio y, quietas en la rama, pensaron y pensaron. En eso estaban, cuando la xdzunuúm ya iba a llorar otra vez.

—¡Espera! —la atajó la xkokolché—, ¡tengo una idea! Tú y yo solas no podemos con la boda, pero si pedimos ayuda, seguramente lo lograremos.

No había terminado de exponer su plan cuando la xkokolché entonó una canción en lengua maya que narraba los problemas que tenía una pajarita que se quería casar, pero no tenía recursos para hacerlo.

Entonó varias veces la canción, y su canto era tan dulce y melancólico que tanto animales como árboles, y hasta las aguas de los ríos se acercaron para escuchar su canción, la cual hablaba de la tragedia que vivía xdzunuúm.

U tul chichan chiich, u kat socobel, ma tu patal xun, minaan y nuucul.

Cuando vio que todos estaban muy atentos a su voz, cambió la letra de la canción por esta:

Minaan u xbakal, minaan u nokil, minaan u xanbil, minaan u xacheil, minaan u neeneíl, minaan u chu-cí, minaan u necteíl.

Con la cual daba a entender que la pobre pajarita no tenía el collar ni el vestido; no tiene los zapatos ni cuenta con peine; no posee espejo, tampoco tiene dulces ni cuenta con las flores.





En tanto la xkokolché cantaba, de los ojos de la xd-zunuúm salían gruesos lagrimones.

Al terminar la canción, a todos los presentes les afloró el sentimiento y se apuntaron para ayudar. Así, se escucharon varias voces:

El pájaro xomxaníl ofreció donar un collar para la boda y se desprendió de las plumas amarillas de su pecho.

La araña, se comprometió a tejer una hermosa tela para el traje de novia.

El venado dijo que daría la piel para los zapatitos de Colibrí.

La iguana, quitó unas cuantas púas de su piel e hizo un bello peine.

El cenote afirmó que con su clarísima agua elaboraría el espejo.

La abeja se comprometió a elaborar dulces de sabrosa miel.

Con eso, ya estaba listo lo necesario para la boda. La xdzunuúm lloró, pero ahora de alegría. Después, voló a buscar al novio y le contó que ya podían casarse por la ayuda de todos.

A los pocos días se celebró una gran boda. En la fiesta hubo de todo, nada faltó. Hubo comida, bebida y música. La madrina fue su amiga Xkokolché.

Colibrí lucía hermosa y agradecida, porque sabía que todos los animales de la selva eran buenos y solidarios.

Ya nunca más se volvió a quejar de su pobreza, pues supo que contaba con grandes amigos en el mundo maya.





La casa del trueno

Hace mucho tiempo, en una región deshabitada había una cueva a la que regularmente visitaban siete sacerdotes; en esta cueva construyeron un templo para adorar al dios del trueno, de la lluvia y de las aguas.

Los sacerdotes se reunían cada vez que era tiempo de cultivar, sembrar y cosechar la tierra.

Dentro de la cueva, los sacerdotes cantaban y rezaban hacia los cuatro puntos cardinales; hacían sonar un gran tambor y arrojaban flechas encendidas al cielo. Después de estos ejercicios religiosos, en el cielo se formaban grandes nubes, comenzaban los truenos y relámpagos, y por fin comenzaba la lluvia.

Llovía torrencialmente, y la tormenta azotaba la región durante muchos días; llovía tanto, que los ríos se desbordaban causando inmensos desastres.

Así ocurrió durante mucho tiempo...

Un buen día, llegaron a esa región, antes deshabitada, personas que traían ropas, costumbres e incluso normas y religiones muy diferentes a las de ellos.

Los recién llegados decían que venían de tierras cercanas al mar, y tenían la característica de siempre sonreír; tal vez sonreían porque, después de padecer mucho en el camino, habían llegado a un lugar que lo tenía todo: agua, alimento, animales y un clima excepcional. Los recién llegados llamaron Totonacan a





su nuevo hogar, y ellos se autodenominaron totonacas.

Los sacerdotes de la cueva del trueno no estuvieron nada contentos con la llegada de gente nueva, que además traía consigo una cultura diferente. Entonces, se reunieron en la cueva y provocaron truenos, relámpagos, rayos y fuertes tormentas con el fin de causarles miedo y se fueran del lugar.

Alguien se dio cuenta de que esas terribles tormentas las provocaban los siete sacerdotes de la cueva de los truenos. Los totonacas, desesperados por las

tempestades que los celosos sacerdotes causaban, los subieron en unos pequeños botes y los arrojaron al mar, donde desaparecieron.

Pero eso no fue suficiente para calmar a los dioses del trueno y las lluvias, por lo que los sacerdotes del recién asentado pueblo totonaca se reunieron y determinaron que nada podían ellos hacer con esas poderosas fuerzas, y que sería mejor rendirles culto y sumisión, adorarlos y rogarles fueran generosos con ese pueblo que había pasado por muchas penurias.





Así, en el mismo lugar en donde estuvo la cueva, los totonacas construyeron el templo de El Tajín, donde veneraron al dios del trueno, pidiéndole lluvia cuando era necesario fertilizar la tierra y buen tiempo en época de cosechar.

Esto sucedió mucho tiempo antes de que los españoles llegaran a estas tierras.

De esta forma se cuenta que se construyó el templo de El Tajín, ubicado en la región norte del estado de Veracruz, y que actualmente está declarado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (en inglés *United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization-UNESCO*) como Patrimonio de la Humanidad.





La serpiente oráculo

Un árbol de bello color, y que tenía la capacidad de predecir el futuro, en una ocasión anunció que un terrible ser llegaría a la región.

Dicho esto, los pobladores se prepararon militarmente para cuando arribara, y los guerreros se colocaron en puntos estratégicos para defender a su pueblo.

Llegó el día anunciado por el árbol parlante, y una enorme serpiente apareció por el norte. Los valerosos guerreros rápidamente comenzaron a disparar flechas contra ella, pero fue inútil, las flechas no entraban en su fuerte caparazón con escamas. Los guerreros, rendidos, tuvieron que retirarse.

No obstante, idearon otra forma de atacarla.

Tristemente, también este segundo intento de acabar con la serpiente fue un doloroso fracaso, ya que costó la vida a muchos valientes hombres.

El jefe principal y capitanes de los guerreros de los ocho pueblos yaquis, al ver la dificultad que implicaba derrotar al terrible monstruo, pidieron ayuda al hechicero de la región llamado Chapulín Guóchimea. Le enviaron un mensaje a través de una golondrina.

La golondrina realizó un largo viaje, pasó por valles y montañas, perseverante en su tarea y sin tener en cuenta su cansancio.

Cuando por fin llegó al sitio donde se encontraba el hechicero Guóchimea le dijo:





—Respetable jefe Chapulín Guóchimea, el jefe y los capitanes de las ocho tribus yaquis te mandan sus respetos, y te piden les ayudes en la difícil tarea de matar a la gigantesca serpiente que apareció después de haber sido anunciado por el árbol que habla.

El hechicero inmediatamente aceptó la petición, y dijo a la golondrina:

—Di a los valientes capitanes y a sus guerreros que con gusto les ayudaré.

En cuanto el ave emprendió su regreso, el hechicero afiló las sierras que tenía en las patas y subió a la cima de un cerro; en este lugar recitó misteriosas y secretas palabras y saltó impulsado por sus espolones.

Recorrió, en un solo salto, lo que un simple mortal tardaría doce días en recorrer. Con otros pocos saltos de esos llegó al campamento mucho antes que la golondrina.

En el campamento estaba el jefe en reunión con los capitanes de los ocho pueblos; todos festejaron la llegada del señor Chapulín y que hubiera accedido a brindarles su ayuda.

Terminados los homenajes, el hechicero pidió que reunieran hojas verdes y que, una vez molidas, extrajeran su jugo. Los guerreros hicieron exactamente lo que Chapulín les indicó.

Después, vertieron el líquido verde en un cántaro, mismo que el hechicero se untó en todo el cuerpo. Guóchimea quedó completamente teñido de color verde. Posteriormente, pidió a los guerreros que lo subieran a la copa del árbol más alto para poder divisar la llegada del monstruo —el color de su cuerpo se confundía perfectamente con las hojas del árbol—; y dijo a los hombres que se resguardaran en el campamento.





El hechicero esperó poco tiempo para que apareciera la horrible serpiente; y aunque ésta observaba y olfateaba todo con detenimiento, nunca pudo distinguir al hechicero que acechaba desde el árbol.

Cuando la serpiente estuvo lo suficientemente cerca, el hechicero saltó sobre ella y le dio terribles golpes con sus espolones afilados.

Fue tan fuerte la golpiza, que la cabeza de la enorme serpiente se desprendió del cuerpo y rodó a metros de distancia.

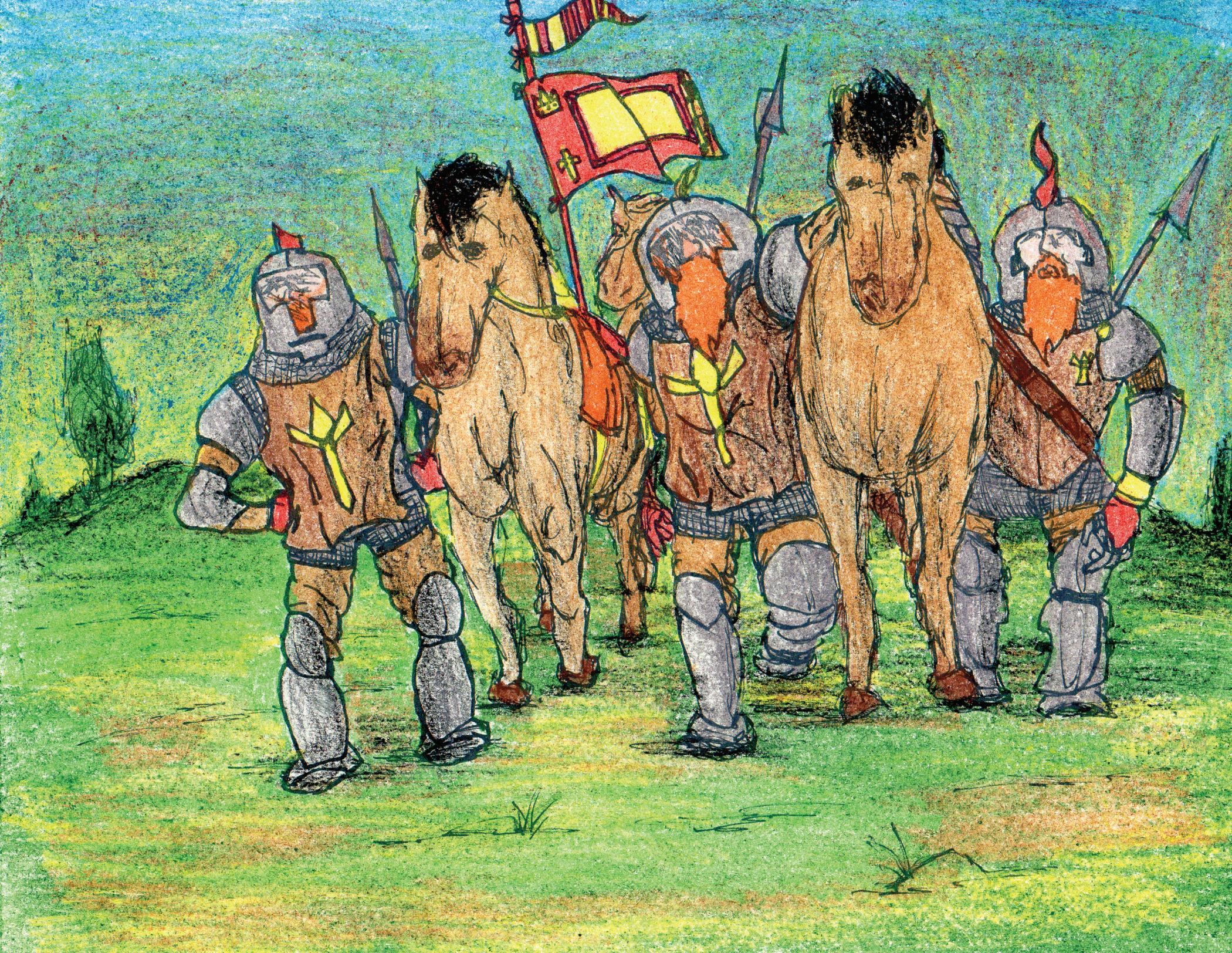
Todos los guerreros corrieron al lugar en donde había caído la cabeza, y cuando estaba a punto de morir, dijo en tono conciliador:

—Yo quería gobernar en el territorio de las tribus yaquis, pero acepto que me han derrotado gracias a

su valentía y a la ayuda del hechicero. Sin embargo, debo advertirles que se cuiden y preparen, porque yo vi a hombres blancos y barbados que traen armas desconocidas por ustedes; son armas poderosas que lanzan fuego —y continuó—. Estos hombres entrarán por el sur y por el este. Si quieren vencerlos, arrebatén sus armas y combátanlos con ellas; si no lo hacen, ellos los vencerán y ustedes serán sus esclavos.

Al terminar de decir esas palabras, la serpiente murió y se convirtió en piedra.

Lo anunciado por la serpiente se cumplió; poco tiempo después de los acontecimientos narrados llegaron a la región yaqui los españoles, pero los indios ya preparados combatieron con las armas de los extranjeros hasta vencerlos.





El origen de la lluvia

Hubo tiempos en que la región del pueblo yaqui no tenía agua. Los habitantes sufrían por no tener el preciado líquido ni para beber. Los ojos de agua se secaron, las rocas se carbonizaron y el suelo ardía debido a la escasez del tan precioso líquido. Los ocho pueblos sufrían de una insaciable sed. Todos intentaron sacar agua excavando pozos sin resultado.

Los chamanes, sedientos y desesperados, decidieron enviar un mensaje al dios de la lluvia, Yuku. Los líderes encomendaron la tarea al noble gorrión.

El ave fue directamente a ver a Yuku; después de presentarle sus respetos y de los ocho pueblos indios, le dijo:

—Me ordenaron que te pidiera el favor de la lluvia.

—Con gusto —respondió—. Vuela y dile a tu gente que habrá lluvia.

El gorrión voló apresuradamente, pero antes de llegar al pueblo, el mundo se llenó de nubes y comenzaron los rayos; fue así que el veloz huracán alcanzó a la ave y el agua por lo tanto nunca llegó a la tierra yaqui.

Viendo que el gorrión no volvía, los chamanes ordenaron a una golondrina cumplir la misma tarea.

La golondrina voló hacia el dios de la lluvia, le suplicó de parte de los chamanes que enviara un poco de agua.

—Ve sin preocupación —respondió Yuku de buen humor—. Atrás de ti llegará la lluvia.

La golondrina emprendió el vuelo de regreso, pero igual





que al gorrion, el rayo y la lluvia lo destruyeron. Así, no llevó la golondrina ni una sola gota de agua a la tierra yaqui.

Los líderes de los ocho pueblos, exasperados, no sabían a quién más mandar a tan riesgosa misión; entonces pensaron en Bobok, el sapo, que sabían se encontraba en la laguna llamada Bahkwam.

Le pidieron que fuera a reunirse con los líderes de los ocho pueblos.

Bobok, obediente, se presentó, y los señores le dijeron:

—Ve con el dios de la lluvia y ruégale nos envíe agua.

—Muy bien —dijo el sapo—, mañana temprano voy.

Antes de regresar a su laguna, Bobok visitó a un hechicero, el cual le prestó unas alas de murciélago.

La mañana siguiente, Bobok voló con rumbo a las nubes, encontró al dios de la lluvia y le dijo:

—Señor, los yaquis, necesitan con urgencia agua; envíeles un poco para beber porque mueren de sed.

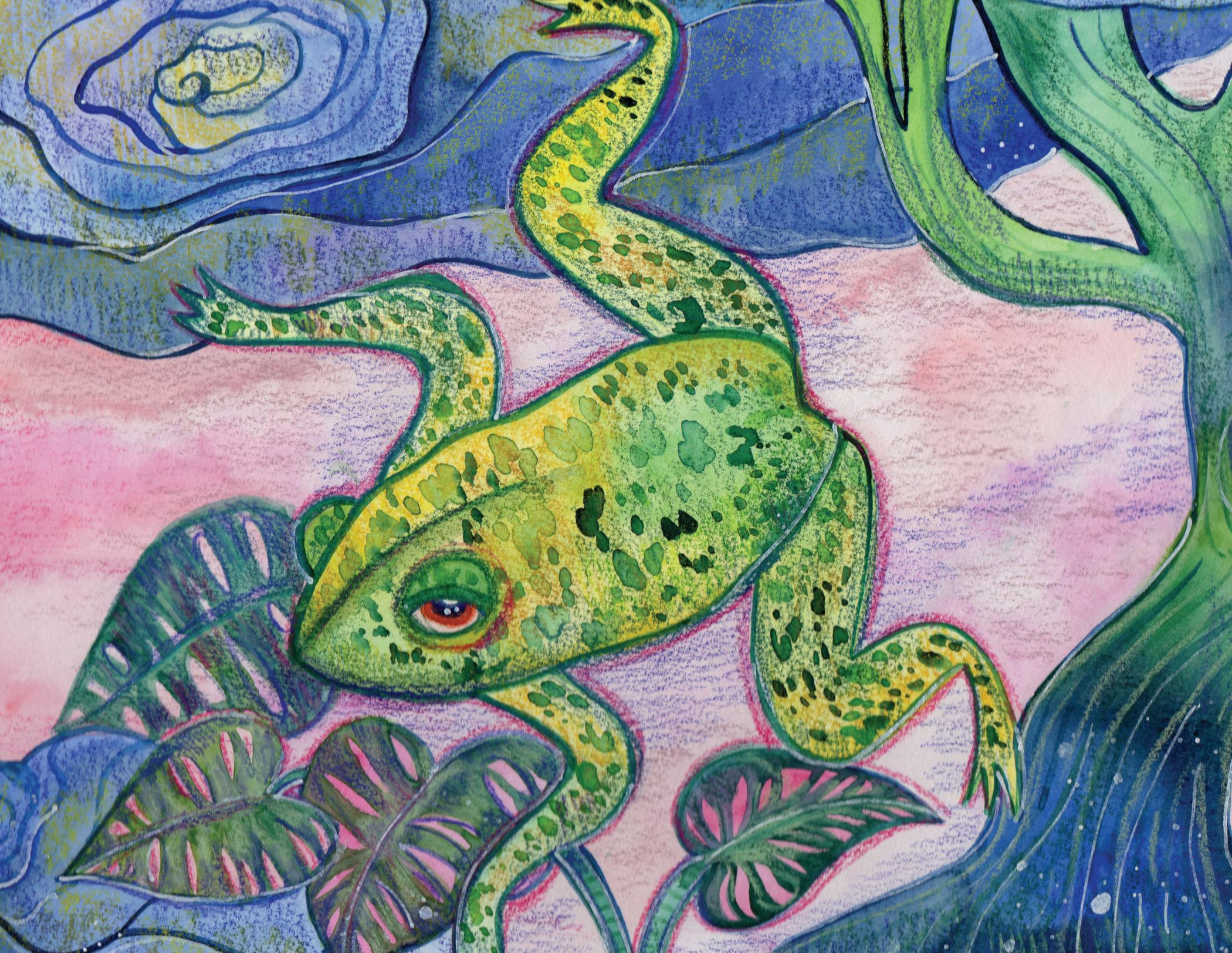
—No te preocupes —concedió—, la lluvia te seguirá y llegará a los ocho pueblos.

Bobok, suspicaz, fingió partir, pero se metió debajo de la puerta de la casa del dios. El cielo se nubló, hubo rayos, se oyeron truenos y comenzó a llover.

Bobok se puso las alas de murciélago que le prestó el hechicero y voló por arriba de las nubes. —Croac, croac —gritaba Bobok.

La lluvia, al escuchar al sapo, caía con fuerza para alcanzarlo y que muriera. El sapo dejó de cantar y la lluvia, creyendo que Bobok había muerto, cesó de caer. Entonces, Bobok empezó a croar de nuevo, volando desde las nubes que producían la lluvia hacia la tierra.

Al fin, la lluvia llegó hasta la región yaqui en su búsqueda por matar al sapo. Bobok, observó con orgullo su obra, regresó a la laguna Bahkwam y devolvió las alas a su dueño.





Los Huicholes y el maíz

Hace mucho tiempo, no se conocía el fuego, y los hombres no tenían cómo ahuyentar a los animales salvajes, no se podían calentar y comían sus alimentos crudos.

Los huicholes estaban cansados de comer alimentos que no les gustaban. Querían algo que pudieran comer diario, pero, al mismo tiempo, poder prepararlo de diferente manera.

Un joven del pueblo, al que le habían llegado noticias de la existencia de una planta que con sus frutos se podían preparar muchos y variados alimentos, decidió partir en su búsqueda. Aunque el maíz se encontraba

muy lejos, al otro lado de la montaña, no se desanimó y se puso en marcha.

Al cabo de mucho caminar, vio una fila de hormigas, y como él sabía que algunas de ellas eran las vigilantes del maíz, las siguió.

Caminó siguiendo su rastro, pero cuando al fin no pudo más del cansancio, cayó en un profundo sueño.

Las hormigas aprovecharon el sueño del joven para devorar toda su ropa, dejándolo sólo con su arco y sus flechas.

Al despertar, el joven se vio desnudo y hambriento; entonces se puso muy triste y comenzó a llorar. Fue en-





tonces que un ave se posó en la rama de un árbol cercano. El joven apuntó su arco hacia ella, pero el ave le habló y le dijo que no intentara matarla, puesto que era la Madre del Maíz, y estaba dispuesta a guiarlo hasta donde había maíz en abundancia.

El joven la siguió y llegaron hasta la Casa de Maíz, ahí se encontraban cinco hermosas jóvenes, eran las hijas de la Madre del Maíz: Mazorca Blanca, Mazorca Azul, Mazorca Amarilla, Mazorca Roja y Mazorca Negra.

El joven se enamoró inmediatamente de Mazorca Azul, y ella correspondió a su amor. Se casaron y volvieron al pueblo donde vivía el Huichol.

Como todavía no tenían una casa donde vivir, se instalaron en el lugar dedicado a los dioses.

Como un milagro, en ese lugar, todos los días amanecía lleno de mazorcas de maíz, que Mazorca Azul repartía con generosidad a quienes lo pidieran; al mismo tiempo les enseñaba cómo sembrar las semillas, cómo cuidarlas y cosechar el fruto, y cómo preparar diferentes alimentos con éstos.

Cuentan los más viejos que era tanta la generosidad de Mazorca Azul que, después de enseñar a la gente del pueblo todo lo que sabía acerca del maíz, también les enseñó cómo molerlo y con el polvo preparar y saborear una extraordinaria bebida caliente, el atole.





FUENTES CONSULTADAS

<http://www.guiascostarica.com/mitos/mexico.htm>

<http://www.mitos-mexicanos.com/leyendas-mexicanas-prehispanicas/>

.....

Estos mitos y leyendas son del dominio público.

Mitos y leyendas de México 2
terminó de imprimirse en julio de 2017
en la imprenta Dicograf
Poder legislativo 304
en Cuernavaca, Morelos

*



FACULTAD DE
DISEÑO

